
La Comédiathèque
La ventana de enfrente
Jean-Pierre Martinez
comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

La ventana de enfrente

Jean-Pierre Martinez

Un novelista de edad avanzada, al borde del suicidio, recibe la inesperada visita de una joven que asegura haber perdido a su gato. Un encuentro que cambiará su vida...

Personajes:

Alexandre

Madison

© La Comédiathèque

El salón de un piso parisino. Ambiente bohemio. Sobre un pequeño escritorio hay una máquina de escribir antigua y varias carpetas. Entra Alexandre, un escritor de sesenta años o más, vestido con una informalidad cuidadosamente estudiada. Lleva una cuerda con un nudo corredizo. Mira al techo y después se sube a una silla, buscando al parecer dónde sujetar la cuerda. No encuentra ningún sitio adecuado y se baja. Se sienta ante el escritorio y suspira cansadamente. Abre un cajón, saca un paquete de cigarrillos y se lleva uno a los labios. En lugar de encenderlo, lo deja sobre la mesa y saca del cajón una pistola. La contempla largo rato. Llaman suavemente a la puerta. Absorto en sus pensamientos, no oye nada. Se apoya el cañón de la pistola en la sien. Vuelven a llamar, un poco más fuerte. Sigue sin oírlo. Vacila antes de apretar el gatillo. Cierra los ojos... En ese momento aparece ante él una joven. Es Madison, estudiante, que puede tener entre veinte y treinta años y viste de manera bastante clásica.

Madison (*gritando*) – ¡No!

Alexandre se sobresalta, sorprendido. Se pone de pie de un salto y apunta a Madison con la pistola.

Alexandre – ¡Un movimiento y está muerta!

Madison – ¡No dispare, se lo suplico!

Alexandre – ¡Las manos arriba!

La joven levanta inmediatamente los brazos.

Madison – ¿Lo ve? No estoy armada... Ahora, por favor, baje la pistola.

Al comprobar que la joven parece inofensiva, baja el arma.

Alexandre – ¿Qué demonios hace aquí? Y, para empezar, ¿cómo ha entrado?

Madison – Se lo explicaré todo... Déjeme recuperar el aliento...

Alexandre – ¡Pero usted está loca! ¡Casi me da un infarto!

Madison – Lo siento, la puerta estaba entreabierta y...

Alexandre – ¿Y creyó que eso era una invitación para entrar en mi casa...?

Madison – No, pero...

Alexandre – ¿Qué quiere? ¿Robarme? Aquí no hay nada de valor, créame.

Madison – Soy su vecina.

Alexandre – ¿La de al lado? Tiene ochenta años...

Madison – La de enfrente... *(Señala una ventana imaginaria, hacia el público.)* Aquella ventana es la de mi piso.

Alexandre – ¿Enfrente? Lleva años vacío.

Madison – Ya no.

Alexandre – Bueno... ¿Y qué?

Madison – He perdido a mi gato... No lo habrá visto por casualidad... ¿O quizá lo ha recogido aquí? Por si también hubiese entrado sin que nadie lo invitara...

Alexandre – Pues no. Por lo visto, su gato tiene mejores modales que usted...

Ella parece muy afectada.

Madison – Lleva dos días desaparecido. He puesto carteles por todo el barrio, con su nombre y su foto. ¿No los ha visto?

Alexandre – Casi nunca salgo... Y tampoco me fijo en esos carteles. Además, me cuesta distinguir un gato de otro...

Ella da unos pasos por la habitación.

Madison – ¡Tofu! ¡Tofu!

Alexandre – ¿A qué viene ponerse a gritar así? ¿Qué le pasa?

Madison – Se llama Tofu.

Alexandre – ¿Su gato se llama Tofu? ¿Me está tomando el pelo...?

Madison – En absoluto. ¿Por qué?

Alexandre – Muy bien, su gato se llama Tofu y lleva dos días sin volver a casa. Tampoco es tan grave, ¿no?

Madison – ¡Claro que es grave! Si no lo encuentro pronto, morirá... Es un gato que siempre ha vivido en un piso, ¿entiende? No está preparado para vivir en la calle...

Alexandre – Qué desgracia. En mis tiempos los gatos vivían en el campo. O, como mucho, en una casa con jardín. Se pasaban el día cazando ratones y solo regresaban cuando volvían de vacío, para que les diéramos de comer, les hiciéramos unas caricias y les dejáramos dormir en el sofá...

Madison – Pues este gato no come ratones. Es vegetariano.

Alexandre – ¿Cómo dice?

Madison – Yo no como carne, y mi gato tampoco.

Alexandre – Entonces, ¿qué come?

Madison – ¡Pienso! Pienso vegetal, como yo.

Alexandre – ¿Usted también come pienso?

Madison – A veces, sí. Bueno, no el del gato, evidentemente.

Alexandre – Un gato vegetariano... Ni sabía que existían... ¿Y por eso lo llama Tofu...?

Madison – Sí... Y también porque está un poco como una cabra.

Alexandre – Y supongo que dejar de comer carne fue una decisión personal del gato, ¿verdad...?

Madison – En cualquier caso, nunca se ha quejado.

Alexandre – ¿Y ahora a los tigres y a los leones de los circos también les dan pienso de verduras?

Madison – No lo sé... En cualquier caso, estoy en contra de los animales en los circos...

Alexandre – Pero no de los gatos encerrados en pisos...

Madison – Deduzco que usted no tiene animales domésticos...

Alexandre – No. Detesto el concepto de animal doméstico. Y el de domesticación en general. *(Con aire amenazador.)* Yo sigo siendo un salvaje...

Nada impresionada, ella recorre la habitación con la mirada.

Madison – Entonces, ¿no ha visto a mi gato?

Alexandre – No, no he visto a su gato vegano. Y, si me lo permite, creo que esta conversación absurda ya ha durado demasiado.

De pronto se queda inmóvil.

Madison – ¡Cállese!

Alexandre – ¿Cómo dice?

Madison – ¿No ha oído un maullido?

Alexandre – ¿Un maullido? No, en absoluto. Pero empiezo a quedarme un poco sordo, ¿sabe? Cuando tenga mi edad descubrirá que no todo son inconvenientes. Sobre todo si tiene vecinos ruidosos...

Madison – Yo no hago ruido, se lo aseguro. Llevo más de un mes viviendo justo enfrente de usted y ni siquiera sabía que el piso estaba ocupado.

Alexandre – De acuerdo, no había advertido su presencia, y espero seguir sin advertirla. Así que, si no tiene nada más que decir, déjeme continuar con mis asuntos y vaya a buscar a su gato...

Madison – Está bien, no lo molestaré más...

Alexandre – Gracias.

Ella hace ademán de marcharse, pero se lo piensa mejor.

Madison – Aunque... Me sabe mal dejarlo así.

Alexandre – ¿Cómo que «así»...?

Madison – Bueno... Cuando he llegado, estaba usted a punto de...

Alexandre – ¿A punto de qué...?

Madison – No parecía encontrarse muy bien, ¿verdad?

Alexandre – ¿Por qué lo dice?

Madison – Tenía una pistola apoyada en la sien.

Él contempla sorprendido la pistola que todavía sostiene en la mano.

Alexandre – Ah, eso... ¿Y qué?

Madison – Pues... Parece un poco... deprimido, ¿no?

Alexandre – ¿Deprimido...? Mire, señorita, cuando yo tenía su edad, nuestra consigna era vivir deprisa, morir joven y dejar un bonito cadáver. ¿Le suena?

Madison – James Dean...

Alexandre – Follábamos sin preservativo, íbamos en moto sin casco y consumíamos toda clase de sustancias prohibidas cuya composición, créame, nadie conocía con exactitud... Cincuenta años después, los pocos viejos como yo que sobrevivieron a aquella época gloriosa salen a manifestarse porque tienen miedo de vacunarse... ¿Y pretende que no esté deprimido?

Madison – Lo comprendo...

Alexandre – No, no lo creo... Pero si tiene la desgracia de llegar a mi edad, ya lo verá. La vejez es un naufragio.

Madison – De Gaulle...

Alexandre – Chateaubriand lo dijo antes que él... Pero tiene razón. Envejecer es pasar de *Rebelde sin causa* a las *Memorias de ultratumba*.

Madison – Está muy bien dicho.

Alexandre – Sí... El problema es que hoy los jóvenes ya se comportan como viejos.

Madison – En todas las épocas, la juventud ha querido cambiar el mundo, ¿no?

Alexandre – La de ahora ya no quiere cambiar el mundo. Solo quiere salvar el planeta. Y no parece que vaya a conseguirlo...

Madison – ¿Y usted consiguió cambiar el mundo?

Alexandre – No, pero al menos nos divertimos de lo lindo.

Madison – Pues ahora no parece divertirse mucho...

Alexandre – Ni usted tampoco, por lo visto... Si no, no estaría emparejada con un gato...

Madison – Por lo menos no estoy sola...

Alexandre – ¿Y de verdad cree que va a salvar el planeta alimentando con pienso vegetal a ese pobre carnívoro que no ha pedido nada de eso?

Madison – No sé... Pero, para cambiar el mundo, antes habrá que salvar el planeta, ¿no? ¿De qué serviría hacer la revolución a bordo del Titanic?

Alexandre – En cualquier caso, envidio a los de mi generación que murieron antes de cumplir treinta años. ¿Se imagina a Jimi Hendrix y a Janis Joplin en una residencia, debatiendo sobre los posibles peligros de una vacuna entre dos partidas de Scrabble? Antes muerto que ver eso...

Madison – Vamos, no diga eso...

Alexandre – Por desgracia, la literatura tiene poco de rock and roll. Los escritores suelen morir en su cama.

Madison – ¿Es usted escritor?

Alexandre – No es asunto suyo... Ni sé por qué hablo de estas cosas con usted, si no la conozco... Y, por cierto, ¿qué sigue haciendo aquí?

Guarda la pistola en un cajón.

Madison – Podría haberse hecho daño...

Alexandre – También podría haberla matado... Cuando alguien se cuela en una casa, corre ese riesgo... Habría alegado legítima defensa y ni siquiera me habrían condenado... *(Ella parece marearse; él lo advierte y se preocupa.)* ¿Se encuentra bien?

Madison – Perdón, se me pasará... ¿Podría darme un vaso de agua?

Él duda un instante.

Alexandre – Siéntese un momento, voy a por él...

Él sale. Ella se recupera de inmediato y aprovecha para observar la habitación. Coge del escritorio una fotografía enmarcada de una mujer y la examina. La deja precipitadamente al verlo regresar con un vaso de agua, que le ofrece.

Madison – Gracias...

Coge el vaso y se lo bebe de un trago.

Alexandre – ¿Mejor?

Madison – Sí, gracias...

Él se esfuerza por mostrarse algo más amable.

Alexandre – Disculpe que la reciba así... Ya no estoy acostumbrado a tratar con gente...

Madison – Entonces, ¿usted también vive solo?

Alexandre – ¿Tanto se me nota?

Madison – Por lo que acaba de decir, supongo que tampoco tiene hijos.

Alexandre – ¿Y por qué supone que no tengo hijos?

Madison – ¿Los tiene?

Alexandre – No... Y viendo cómo está el mundo, me alegro de no tenerlos...

Madison – Sí...

Alexandre – Si quiere salvar el planeta, habría que empezar por dejar de tener hijos, ¿no cree?

Madison – Pero, al mismo tiempo... ¿Dejando de tener hijos vamos a salvar a la humanidad?

Alexandre – Y pensar que Francia es probablemente el país del mundo en el que mejor se vive...

Madison – Sí, por eso decidí instalarme en su país...

Alexandre – ¿No es francesa...?

Madison – Me llamo Madison. Soy estadounidense.

Alexandre – Pues habla nuestra lengua perfectamente, sin el menor acento...

Madison – Mi abuela era francesa. Ella me enseñó la lengua de Molière. Vine a París a estudiar literatura en la Sorbona.

Alexandre – Así que es pura casualidad que hoy se haya cruzado en mi camino... Madison.

Madison – Usted se llama Alexandre, ¿verdad?

Alexandre – ¿Cómo lo sabe?

Madison – He visto su nombre en uno de los buzones de abajo. Alexandre Delacroix... ¿Es pariente de...?

Alexandre – ¿Del pintor? No, en absoluto.

Madison – ¡Del escritor!

Alexandre – Es usted estadounidense y conoce a Alexandre Delacroix... Al que aquí, en Francia, ya no recuerda nadie.

Madison – Exagera... Todo el mundo conoce a Alexandre Delacroix. Su fama ha traspasado las fronteras de Francia. Al menos entre quienes se interesan por la literatura. ¿Entonces?

Alexandre – Sí... Soy yo.

Madison – ¡No me diga! ¡Alexandre Delacroix, el autor legendario de varias obras maestras de la literatura del siglo XX!

Alexandre – Si usted lo dice...

Madison – Un escritor misterioso que vive recluido, que no publica nada desde hace años y que rechaza todas las entrevistas... ¿Es realmente usted?

Alexandre – Algo me dice que ya lo sabía antes de forzar mi puerta para entrar. ¿Me equivoco?

Ella vacila un momento.

Madison – No, lo confieso...

Alexandre – Entonces se ha inventado lo del gato para conseguir una entrevista...

Madison – Lo del gato es verdad, se lo juro... Pero también es cierto que tenía un motivo para instalarme en el piso de enfrente.

Alexandre – ¿Ha alquilado deliberadamente un piso frente al mío para espiarme?

Madison – ¿Espiarlo? ¡En absoluto! Admiro muchísimo su obra. Cuando llegué a París intenté ponerme en contacto con usted, pero su agente me comunicó que no quería recibir a nadie.

Alexandre – ¿Qué parte de esa frase no entendió?

Madison – Crucé el Atlántico con la esperanza de conocerlo. Buscaba piso y el de enfrente estaba en alquiler. Aproveché la ocasión...

Alexandre – ¡Está usted completamente loca! Le advierto que, si no me deja en paz, la denunciaré por acoso. Y, para empezar, ¿qué espera de mí? ¿Es periodista?

Madison – Soy estudiante, ya se lo he dicho. En Nueva York hice mi trabajo de fin de máster sobre su obra. Después decidí venir a París a continuar mis investigaciones, porque casi todas sus novelas transcurren en esta ciudad. Ya sabe que, para los estadounidenses, París es la ciudad más romántica del mundo.

Alexandre – ¿Y piensa descubrir el significado oculto de mi obra con semejantes tópicos?

Madison – ¿Quiere saber el título de mi tesis?

Alexandre – No.

Madison – «La figura de la ausencia en el universo novelesco de Alexandre Delacroix».

Alexandre – Lo ha entendido todo... Lo que más me gusta de casi todo el mundo, empezando por usted, es su ausencia. Por eso le pido que se marche.

Madison – Cuando uno tiene la suerte de estudiar a un escritor vivo, es normal querer conocerlo. Saber algo más de su vida para comprender mejor su obra.

Alexandre – Es un error, se lo aseguro. Más vale estudiar una obra sin saber nada de quien la escribió. Muchos grandes escritores fueron personas insignificantes. Cuando no eran auténticos miserables. Y lo mismo ocurre con artistas y científicos. Es así. Los genios suelen perder bastante cuando se los conoce... Aunque no se preocupe, yo no me considero un genio...

Madison – Comprendo su modestia, pero... Una entrevista exclusiva con el autor de *Crónicas del Barrio Latino* sería la culminación de mi investigación.

Alexandre – ¿Lo ha leído?

Madison – Esa novela fue la que me convenció de venir a estudiar a París. Para mí es su mejor libro.

Alexandre – Y, sin embargo, no fue el que más vendió...

Madison – Imagino que tiene mucho de autobiográfico.

Alexandre – Ya se lo he dicho... Eso no le interesa al lector...

Madison – Por no hablar del misterioso manuscrito en el que, según dicen, lleva años trabajando...

Alexandre – No estoy escribiendo nada. Es una leyenda que mantiene mi editor para que no me olviden del todo y para seguir vendiendo mis libros antiguos. En cualquier caso, no voy a conceder ninguna entrevista. Ni a usted ni a nadie. *(Se acerca a ella con expresión amenazadora.)* ¡Y ahora váyase!

En lugar de marcharse, ella le planta cara.

Madison – ¡No!

Él parece sorprendido por su determinación.

Alexandre – ¿Cómo que no?

Madison – No permitiré que se suicide antes de concederme esa entrevista. ¡Por conseguirla habría cruzado el Atlántico a nado!

Alexandre – Pues vuelva de donde ha venido en un hidropedal, si le apetece. No es asunto mío...

Ella está otra vez a punto de desvanecerse.

Alexandre – Ya es la segunda vez que se desmaya en mi presencia... Lee demasiadas novelas románticas, señorita. Hoy en día, salvo en el teatro, las mujeres no se desmayan a cada instante porque alguien les lleve la contraria...

Madison – No estoy fingiendo, se lo aseguro.

Él duda.

Alexandre – ¿Quiere que llame a una ambulancia?

Madison – No, pero necesito sentarme un momento.

Alexandre – ¿Y después se marchará?

Madison – Se lo prometo.

Se sienta y recobra el aliento.

Alexandre – Ya le he dado un vaso de agua... ¿Quiere una copa de coñac?

Madison – ¿Intenta rematarme, o qué?

Alexandre – Ya es demasiado tarde, por desgracia. Tendría que haberle disparado nada más verla; habría alegado legítima defensa. Ahora ya no podría negar la premeditación...

Madison – ¿Por qué tiene una pistola en casa?

Alexandre – En principio, para ahuyentar a los pesados. Parece que no basta...

Madison – Aunque sea usted un poco misántropo, como muchos escritores... Todos necesitamos compañía, ¿no?

Alexandre – Me temo que va a proponerme que tenga un gato... ¿Quiere quitarse al suyo de encima?

Madison – ¿No le pesa la soledad?

Alexandre – La soledad es como el café... Al principio resulta algo amarga. Después uno se acostumbra. Luego le coge el gusto. Y al final no puede pasar sin ella.

Madison – Debería escribir un libro de aforismos. Seguro que se vendería muy bien.

Alexandre – Y, además, ¿qué significa no estar solo? ¿Vivir en pareja y repetir las mismas trivialidades durante todo el año? ¿Ver de vez en cuando a familiares y amigos procurando esquivar cualquier asunto importante que pueda provocar discusiones? ¿Cruzarse con los vecinos en la escalera para comentar el tiempo? ¿Hablarle al gato como si entendiera lo que le dice?

Madison – Pero cuando escribe, se dirige a alguien.

Alexandre – Precisamente por eso he dejado de escribir.

Madison – No lo creo.

Alexandre – No le pido que me crea. Le pido que me deje tranquilo...

Madison – ¿Entonces no va a concederme la entrevista?

Alexandre – Ya no tengo nada que decir. Y, lo que es peor, no tengo a nadie a quien decírselo. Hay días en que ni siquiera tengo ganas de hablar conmigo mismo.

Madison – Qué triste...

Alexandre – Así es la vida... Y, de un modo u otro, la mía está llegando a su fin...

Madison – Puede que la mía también...

Alexandre – Tiene cuarenta años menos que yo. Podría ser su padre.

Madison – O incluso mi abuelo.

Alexandre – Gracias por la puntualización, muy amable por su parte. Sea como sea, su vida apenas empieza.

Madison – Sí... Pero podría terminar pronto...

Alexandre – ¿Qué quiere decir?

Madison – Tengo una enfermedad del corazón. Los médicos solo me dan unos años de vida. Quizá unos meses. Por eso vine a Francia, para cumplir un último sueño. Conocerlo a usted...

La declaración lo conmociona visiblemente.

Alexandre – ¿Cómo que una enfermedad del corazón?

Madison – Nací con una malformación cardíaca. Tengo el corazón demasiado frágil. Puede fallar en cualquier momento.

Alexandre – ¿Y por eso se ha encontrado mal?

Madison – Con el menor disgusto se me acelera el corazón, y puede dejar de latir.

Él duda un instante.

Alexandre – No me diga que se ha inventado esta historia para que no la contraríe... y obligarme así a aceptar la entrevista.

Madison – Por desgracia, no...

Alexandre – Lo siento mucho.

Madison – No es culpa suya.

Alexandre – Ya, pero qué ironía. Yo soy viejo, he perdido las ganas de todo y pienso en poner fin a mi vida... Usted es joven, tiene toda la vida por delante, y su propio corazón la traiciona...

Madison – No puedo cambiarlo. ¿De qué serviría rebelarme?

Alexandre – Y, encima, no pierde la sonrisa...

Madison – Pienso que los meses que me quedan quizá sean los más hermosos de mi vida.

Alexandre – Su alegría de vivir me deprime. ¿Nunca duda de nada?

Madison – Ya no tengo tiempo para dudar. Por eso he entrado en su casa sin permiso...

Un silencio.

Alexandre – ¿Y no hay ninguna esperanza?

Madison – Sí, un trasplante. Pero antes tiene que aparecer un donante...

Alexandre – Podría regalarle mi corazón, yo ya no lo necesito... Me suicido y le dono mis órganos...

Madison – Me temo que no es tan sencillo. Sobre todo tratándose del corazón. No es como esos órganos que tenemos por duplicado. Los riñones, los pulmones...

Alexandre – Los testículos...

Madison – Para un corazón, el donante tiene que estar en muerte cerebral...

Alexandre – ¿En muerte cerebral? A veces me pregunto si yo no lo estoy ya. Como mucha gente a mi alrededor, por cierto...

Madison – El donante tiene que haber muerto, su corazón debe estar en buen estado y hay que poder extraerlo muy deprisa. Por desgracia, eso ocurre pocas veces. Y la lista de espera para recibir un trasplante es larguísima...

Alexandre – Dicen que en China extraen órganos de los condenados a muerte. Es mucho más práctico, claro. Primero fijan la fecha del trasplante y luego ejecutan al condenado ese mismo día.

Madison – ¡Qué horror!

Alexandre – Sí, pero así... El receptor puede llegar tranquilamente en avión desde Europa o Estados Unidos. Algunos aprovechan para hacer turismo. Naturalmente, no sale gratis. No sé a cuánto estará el corazón en China. ¿Ha preguntado?

Madison – No...

Alexandre – Seguro que encuentra los precios en internet...

Madison – Gracias.

Alexandre – Perdón, no debería bromear con esto... Y menos con usted. Aunque el humor es lo único que nos queda, ¿no?

Madison – Sí...

Alexandre – Aunque lo que acabo de contarle no tiene nada de broma...

Madison – Preferiría morir antes que vivir con el corazón de un condenado a muerte, incluso con el suyo... ¿Entonces?

Alexandre – ¿Entonces qué?

Madison – ¿Será tan cruel como para dejarme ir sin haber cumplido mi sueño?

Alexandre – Es usted muy cabezota...

Madison – Me lo tomaré como un cumplido.

Alexandre – ¿Y cómo sé que no me está mintiendo?

Madison – ¿Quién inventaría semejante historia solo para entrevistar a un escritor al que todo el mundo ha olvidado...?

Alexandre – Por fin reconoce que todo el mundo ha olvidado a Alexandre Delacroix.

Madison – ¿Eso es un sí?

Alexandre – En cuanto me enseñe un informe médico que demuestre que no miente.

Madison – Lo siento, no lo llevo encima.

Alexandre – Vive justo enfrente... Vaya a buscarlo...

Madison – Pensé que me creería sin necesidad de pruebas. Le confieso que me ha decepcionado un poco.

Alexandre – Si le concedo esa entrevista, será solo el principio. Créame, soy una persona muy decepcionante. Ya lo verá.

Ella se levanta y mira la habitación. Se fija en una vieja máquina de escribir.

Madison – ¿Todavía escribe a máquina?

Alexandre – En esa máquina escribí todas mis novelas. Pero no intente pillarme. Ya le he dicho que hace años que no escribo.

Madison – ¿Por qué?

Alexandre – Las palabras son como los billetes de banco: cuantas más se ponen en circulación, menos valen... Mire lo que pasa en las redes sociales. Todo el mundo publica diez o veinte opiniones al día. Sobre cualquier asunto. Una inflación de moneda falsa que ha devaluado la auténtica. Las palabras ya no significan nada.

Madison – No se puede impedir que la gente charle. Antes lo hacía en los cafés y ahora en Facebook. Pero siempre habrá grandes escritores, como usted.

Alexandre – A los grandes autores ya no los leemos. Los citamos. A diestro y siniestro. Siempre las mismas frases, repetidas hasta dejarlas vacías de sentido... El copiar y pegar ha sustituido al pensamiento... y los emoticonos, a los sentimientos.

Madison – ¿Me permite citarlo en la conclusión de mi tesis?

Alexandre – Me acusarán de elitista. Dirán que creo que solo unos pocos elegidos pueden expresarse y los demás tienen que callar y escuchar. Es falso. Yo creo que todos deberíamos callarnos.

Madison – ¿Qué propone? ¿Un minuto de silencio?

Alexandre – ¿Un minuto? No. Un año entero. Un siglo. Un milenio de silencio. Quizá entonces las palabras recuperasen su sentido después de tanta diarrea verbal vertida en las redes sociales en los últimos años.

Madison – Es un análisis interesante, pero también se dice que dejó de escribir por un desengaño amoroso...

Alexandre – Se dicen tantas cosas...

Madison – Pero usted tampoco lo desmiente...

Alexandre – Eso no significa que sea verdad...

Ella vuelve a coger la fotografía del escritorio.

Madison – ¿Quién es la mujer de la foto?

Alexandre – No es asunto suyo.

Madison – Es muy guapa.

Alexandre – Aunque esté realmente enferma, eso no le da derecho a husmear en mi vida privada.

Madison – Me llamó la atención el retrato en cuanto entré... Y me pareció que conocía esa cara.

Él le quita la fotografía, la mira y la devuelve a su sitio.

Alexandre – Es una mujer a la que amé hace mucho tiempo...

Madison – ¿Cuando era hippie?

Alexandre – En realidad, yo no era tan hippie... Estaba abierto a las nuevas ideas. Y fumaba algún porro de vez en cuando. Pero cuidaba mi salud y ya pensaba en mi carrera. Para escribir hace falta cierta comodidad, ¿sabe? Para llegar a ser un gran escritor a veces hay que seguir siendo un pequeño burgués...

Madison – ¿Y ella?

Alexandre – Ella era una mujer libre. Solo pensaba en el presente. Vivía al día.

Madison – ¿Dónde la conoció?

Alexandre – En el rellano... Vivía en el piso de enfrente, el que ocupa usted ahora. Aunque lo compartía con amigos que iban y venían. Gente de todo el mundo. Músicos, artistas... Aquel piso era un poco como la Casa Azul de la canción de Maxime Le Forestier: la puerta siempre estaba abierta.

Madison – Y como estaba abierta, un día aprovechó para marcharse. Como mi gato...

Alexandre – Quería dar la vuelta al mundo. Vivir experiencias nuevas. Conocer a otras personas. En aquella época, la pareja tradicional no era precisamente nuestro ideal. El suyo, desde luego, no.

Madison – Pero lo quería a usted...

Alexandre – Sí. A su manera, supongo. Aunque yo no era el único a quien quería...

Madison – El amor libre...

Alexandre – No queríamos parecernos a nuestros padres, y hacíamos bien. Pero tampoco sabíamos qué inventar en su lugar. Algo que durase un poco... Vivíamos el momento. No habíamos previsto envejecer... Y, de hecho, quienes no murieron antes de los treinta han envejecido fatal. ¿Ha conocido alguna vez a un beatnik anciano? Le aseguro que no resulta agradable a la vista...

Madison – Así que dejó que ella siguiera viajando sola...

Alexandre – No podía retenerla... Ni tenía derecho a hacerlo. Una mañana, sin más, se marchó...

Madison – ¿Adónde?

Alexandre – A Afganistán. Hoy parece surrealista, pero entonces era un destino muy popular entre los hippies. El hachís se vendía libremente y era muy barato. Trabajando un año aquí, allí se podía vivir otro entero. Y estaba aquella fascinación por Oriente. Para los hippies franceses, Afganistán era el paraíso.

Madison – Pero usted se quedó...

Alexandre – Ya pensaba en mi futuro... Y sabía que mi futuro no estaba en Afganistán.

Madison – Podría haberla acompañado. Por amor...

Alexandre – Claro... Y ella probablemente me habría dejado ir con el grupo. Pero su sueño no era un viaje romántico. Mucho menos una luna de miel. Asia era un viaje iniciático, que se hacía en compañía de otros. Muy lejos de la idea pequeñoburguesa del amor en pareja...

Madison – Así que se quedó en París... Pero nunca la olvidó.

Alexandre – Esperaba que regresara algún día... O al menos que me enviara una señal... Una postal... Pero nunca volví a verla...

Madison – ¿No intentó encontrarla?

Alexandre – Internet todavía no existía... Cuando alguien decidía desaparecer de la vida de uno, desaparecía de verdad. Y los años fueron pasando...

Madison – Ahora podría intentar encontrarla.

Alexandre – ¿Para qué? Puede que haya muerto. O que esté casada, tenga cinco hijos y pese ciento veinte kilos.

Madison – O puede que esté viva, siga siendo una mujer hermosa y piense en usted de vez en cuando.

Alexandre – Puestos a elegir, prefiero no saberlo... Conservar la imagen de la joven de esa foto. ¿Se imagina el choque después de cuarenta años? Uno no se ve envejecer a sí mismo, pero percibe perfectamente cómo envejecen los demás, créame.

Madison – No estoy segura de llegar a verme envejecer...

Alexandre – Perdón, no debería haber dicho eso.

Un silencio.

Madison – ¿No ha oído un maullido?

Alexandre – No... Sigo sin oírlo...

Madison – A lo mejor está escondido por aquí...

Alexandre – Espero que no.

Madison – Prométame que, si muero, se ocupará de mi gato.

Alexandre – ¡Pero si no va a morir! Además, seguro que su gato muere antes que usted. Bueno, eso creo... ¿Cuántos años viven los gatos?

Madison – Unos quince.

Alexandre – ¿Y cuántos tiene el suyo?

Madison – Dos.

Alexandre – Ah, ya...

Madison – Entonces, ¿lo adoptaría?

Alexandre – Le recuerdo que cuando entró aquí tenía una pistola apoyada en la sien.

Madison – Precisamente. Así tendría una razón para no suicidarse...

Alexandre – ¿Porque tendría que dar pienso vegetal a un gato y cambiarle la arena todos los días?

Madison – Porque tendría que cuidar de alguien, sí. Porque alguien lo querría, lo necesitaría y lo esperaría en casa cuando volviese por la noche.

Alexandre – ¿Esperarme? Si casi nunca salgo de casa, y menos de noche...

Madison – ¿De verdad quería quitarse la vida antes, o era una llamada de auxilio?

Alexandre – Yo no recuerdo haberla llamado...

Madison – Pues debí de oír su llamada de todos modos.

Alexandre – Es cierto que cada vez me cuesta más encontrar motivos para tener esperanza.

Madison – ¿Quiere hablar de ello?

Alexandre – Teniendo en cuenta su situación personal, me daría apuro abrumarla con la lista de cosas que me deprimen.

Madison – Seguir luchando aunque se sepa que la guerra está perdida... ¿No es eso el verdadero valor?

Alexandre – Nunca he dicho que sea valiente. Ojalá tuviera tanto valor como usted.

Madison – No soy valiente. Simplemente no tengo elección. Al contrario que usted.

Alexandre – ¿Yo? ¡Solo puedo elegir entre la cuerda para ahorcarme y la pistola para pegarme un tiro en la cabeza...!

Madison – Tiene razón... Es usted realmente deprimente...

Alexandre – Ya se lo advertí, soy un viejo idiota. No sé si esta época es peor que la de mi juventud. Quizá es que ahora veo las cosas con más lucidez. Y la lucidez no suele invitar al optimismo.

Madison – Ahora que lo pienso, me tomaría una copa de coñac.

Alexandre – ¿Está segura?

Madison – De algo hay que morir.

Él sirve dos copas de coñac. Brindan.

Alexandre – ¡A su salud! Perdón, creo que he vuelto a meter la pata...

Ella sonríe. Apuran sus copas.

Madison – Esto resucitaría a un muerto.

Alexandre – Hace unos diez años que no bebo. Ni sé cuánto tiempo lleva ahí esa botella. Pero el alcohol envejece bien, ¿no? Mejor que los alcohólicos, desde luego...

Madison – Aun así, tiene un sabor raro. ¿Está seguro de que es coñac?

Él mira la botella.

Alexandre – Creo que sí... Aunque ya casi no recuerdo a qué sabe el coñac...

Madison – Me habría gustado conocer al joven que fue usted.

Alexandre – ¿A qué joven?

Madison – Al que estaba enamorado de esa mujer de la foto. Al que todavía tenía ganas de comerse el mundo...

Alexandre – No sé si le habría gustado.

Madison – Seguro que estaba lleno de entusiasmo y de esperanza.

Alexandre – De ambición, por lo menos.

Madison – ¿De verdad no le quedan amigos?

Alexandre – No soporto a los viejos, así que procuro no relacionarme con gente de mi edad. No quiero que me pongan constantemente un espejo delante para contemplar mi decrepitud.

Madison – Estoy segura de que ha seguido escribiendo todos estos años.

Alexandre – ¿Para eso me ha hecho beber? ¿Con la esperanza de que me fuera de la lengua...?

Madison – Un escritor está hecho para escribir.

Alexandre – Está bien, es verdad. He seguido escribiendo... Pero no volveré a publicar nada...

Madison – ¿Por qué?

Alexandre – Se lo he dicho. Ya no escribo para que me lean. O, si acaso, para que me lean las generaciones futuras. No tengo nada que decir a los lectores de hoy.

Madison – ¿Ni siquiera a mí?

Alexandre – No la conozco. ¿Por qué cree que tendría algo que decirle?

Madison – Tal vez tengamos más cosas en común de las que imagina...

Alexandre – Aparte de que los dos estamos condenados a corto plazo, ¿quiere decir?

Madison – Dígame al menos de qué trata su libro...

Él vacila un instante.

Alexandre – Es una novela... muy personal.

Madison – Autobiográfica, entonces...

Alexandre – Digamos que es autoficción, como se dice ahora.

Madison – ¿Por eso no quiere publicarla? ¿Porque es demasiado íntima?

Alexandre – Prefiero considerar este manuscrito como un diario. No me gusta exhibirme. Si lo publico, dirán que en mi vejez me he convertido en un autor de novelitas sentimentales...

Madison – Creía que no le importaba lo que los demás pensaran de usted.

Alexandre – Por lo visto, todavía no he alcanzado ese grado de sabiduría.

Madison – Porque es imposible alcanzarlo.

Alexandre – No pierda el tiempo escribiendo una tesis sobre mí. No merece la pena, créame.

Madison – Para mí sí es importante.

Alexandre – ¿Pero por qué? ¡Viva su vida, maldita sea! Sobre todo si puede acabarse en cualquier momento... Por cierto, sigo sin creerla, y todavía no me ha enseñado ese informe médico.

Madison – Si no me cree, ¿por qué ha aceptado hablar conmigo?

Alexandre – Pensé que para inventar una historia semejante tenía que haber una buena razón. ¿Cuál es?

Madison – Es un poco complicado...

Alexandre – Así que mentía. Y su corazón está perfectamente.

Madison – Digamos que... mis problemas de corazón son más bien simbólicos.

Alexandre – ¿Y por qué me ha contado eso?

Madison – Supongo que para darle pena. Usted quería echarme...

Alexandre – Todavía puedo hacerlo...

Madison – Pero no lo hará.

Alexandre – ¿Y por qué no?

Madison – Porque le despierto curiosidad...

Alexandre – Dice que sus problemas de corazón son simbólicos. ¿Se refiere a... un mal de amores?

Madison – Algo así... Como usted, he sufrido por la ausencia de alguien a quien quiero.

Alexandre – ¿Y qué tengo yo que ver con eso?

Madison – Se lo contaré pronto, se lo prometo. Pero antes quisiera pedirle un favor.

Alexandre – Usted dirá...

Madison – Quisiera leer ese manuscrito.

Alexandre – ¿Y por qué habría de dejárselo?

Madison – Porque en el fondo desea que alguien lo lea y le dé su opinión. Un escritor siempre escribe para que lo lean... y lo reconozcan. Para que lo quieran...

Alexandre – La única persona cuyo amor habría querido ganar... desapareció de mi vida hace más de cuarenta años.

Madison – ¿Dónde está el manuscrito?

Él señala una carpeta sobre el escritorio.

Alexandre – Ahí...

Madison – ¿Puedo verlo?

Ella intenta cogerlo, pero él se lo impide.

Alexandre – ¡No!

Ella vacila un instante. Una sombra de tristeza le cruza la mirada.

Madison – Al final tiene razón. Es usted un viejo gilipollas. Lo dejaré aquí compadeciéndose de sí mismo...

Se dispone a marcharse.

Alexandre – Espere...

Él duda, coge el manuscrito y se lo tiende.

Alexandre – Le permitiré leerlo con una condición.

Madison – Dígame.

Alexandre – Este manuscrito no saldrá de aquí.

Madison – ¿Teme que haga una copia y lo publique sin su permiso?

Alexandre – Lo toma o lo deja.

Ella coge la carpeta y la sopesa.

Madison – Me llevará un rato.

Alexandre – Yo no tengo prisa. ¿Y usted?

Madison – Yo tampoco.

Alexandre – Tengo una habitación de invitados, si quiere. Apenas la uso ya. Todos mis amigos han muerto...

Madison – Muchas gracias por su hospitalidad.

Alexandre – La dejo con su lectura...

Él sale. Ella se sumerge en la lectura del manuscrito.

Oscuro.

Madison sigue leyendo el manuscrito, sentada en un sillón. Pasa la última página, cierra la carpeta y se queda pensativa. Se levanta y mira hacia la ventana de enfrente, del lado del público. Alexandre entra con dos tazas de café y deja una delante de ella.

Alexandre – Tome... Le advierto que es descafeinado. No espere que la espabile.

Madison – Gracias.

Alexandre – ¿No ha conseguido terminarlo...?

Madison – Acabo de hacerlo...

Alexandre – ¿Ya? Imposible. Seguro que se ha saltado páginas...

Madison – No, se lo aseguro...

Alexandre parece inquietarse por el silencio que sigue.

Alexandre – No se sienta obligada a decirme lo que piensa... Sobre todo si no le ha gustado...

Madison – Lo he devorado de la primera página a la última. No he pegado ojo en toda la noche.

Alexandre – Bueno... Eso me tranquiliza un poco... Aunque no creía haber escrito una novela de intriga...

Madison – Es su mejor libro. Tiene una humanidad que les faltaba a los demás.

Alexandre – Pues ahora no sé si debo tomarlo como un cumplido... Al menos en lo que se refiere al resto de mi obra.

Madison – Sus otras novelas eran brillantes. Esta es desgarradora.

Alexandre – Y, además, ¿se ha fijado? El tema encaja a la perfección con el de su tesis.

Madison – ¿Mi tesis...?

Alexandre – «La figura de la ausencia en el universo novelesco de Alexandre Delacroix». ¿Ya lo ha olvidado?

Madison – No, claro que no. Y tiene razón. La historia de un hombre que, con veinte años, decide vivir acompañado únicamente por el fantasma de un amor de juventud...

Alexandre – El primer amor nunca se olvida. Porque uno añora su juventud. Todas aquellas primeras veces... Hay que ser fiel al primer amor, aunque no siempre se consiga ser fiel a la primera mujer a la que se amó.

Madison – Sí, pero se corre el riesgo de vivir en el pasado...

Alexandre – En cualquier caso, nunca hay que renunciar a los sueños. ¿Cree que debería publicarlo?

Madison – Si le digo que sí, ¿lo publicará?

Alexandre – Al fin y al cabo, usted es especialista en mi obra.

Madison – Estoy segura de que esta novela podría relanzar su carrera literaria... Para mí merece el premio Goncourt.

Alexandre – Tampoco se pase. Agradezco que intente levantarme el ánimo, pero procure que resulte creíble...

Madison – Hablo completamente en serio, se lo aseguro.

Alexandre – Y con absoluta objetividad, claro.

Madison – ¿Lo duda?

Alexandre – No sé... Algo me dice que no ha venido a París solo para escribir una tesis sobre un escritor pasado de moda.

Un silencio.

Madison – Es verdad. No le he contado toda la verdad.

Alexandre – No está enferma del corazón. No tiene gato. Y supongo que tampoco es estudiante...

Madison – Lo que sí es verdad es que soy estadounidense y he venido a Francia para conocerlo.

Alexandre – Lleva semanas viviendo enfrente... ¿Por qué ha esperado hasta ahora?

Madison – Ayer por la mañana, desde mi ventana, lo vi intentando sujetar esa cuerda al techo. Y después sacó la pistola.

Alexandre – No encontré dónde colgar la cuerda.

Madison – Me asusté. Temí que desapareciera antes de que pudiera conocerlo. Corrí a su casa... e improvisé.

Alexandre – Le salió muy bien. Debería dedicarse al teatro... Pero, ya sabe, tanto en la vida como en el teatro conviene desconfiar de lo que se ve detrás de las cortinas. A veces no es más que una ilusión. Una proyección de nuestras propias fantasías...

Madison – ¿No era una cuerda para ahorcarse?

Alexandre – ¿Y si solo quisiera... colgar una lámpara del techo?

Madison – ¿Y la pistola?

Él saca el arma del cajón.

Alexandre – Podría ser un juguete. Una pistola de mentira para asustar a los ladrones... O un simple mechero... *(Aprieta el gatillo y sale una llama del cañón.)* Un mechero que, por cierto, ya no me sirve. Tengo tanto miedo a morir que he dejado de fumar. Pero siempre conservo un paquete de cigarrillos a mano, para demostrarme que puedo resistir la tentación. También he dejado el alcohol. Y hasta la cafeína. Ya ve cuánto me cuido...

Madison – Entonces, ¿no tenía intención de quitarse la vida?

Alexandre – Intención, todavía no. Ganas, quizá. En realidad, es el único deseo que me queda: acabar con todo. Pero para suicidarse hay que tener valor... Y yo no lo tengo. O quizá aún no estoy lo bastante desesperado. Además, ¿para qué? Esperaré mi turno, como todo el mundo...

Madison – ¿Así que nuestro encuentro se debió a un simple malentendido?

Alexandre – Me cuesta creer que alguien cruce el Atlántico solo para entrevistar a un escritor como yo. Y no creo en las casualidades. ¿Por qué está usted aquí?

Madison – Se lo voy a contar, pero antes déjeme agradecerle el honor de haber sido la primera persona en leer este manuscrito.

Alexandre – ¿De verdad le ha gustado?

Madison – Es una obra maestra. Aunque tengo una pequeña crítica.

Alexandre – Ya estamos... Me extrañaba a mí... La escucho.

Madison – El final no me ha parecido del todo convincente...

Alexandre – Tiene razón... Es una historia inconclusa... Como si le faltara un epílogo...

Madison – Podría ayudarlo a encontrarlo...

Alexandre – ¿También escribe? ¿Ha venido a proponerme una colaboración? Es verdad que empiezo a quedarme sin inspiración, pero todavía no necesito que un escritor fantasma haga mis libros por mí.

Madison – No, no he venido por eso...

Alexandre – Y lo de la tesis también era inventado. Así que no ha montado toda esta comedia por el privilegio de mantener una charla literaria conmigo...

Madison – No. No solo por eso...

Alexandre – ¿Entonces por qué?

Madison – Creo que la respuesta está en el manuscrito que acabo de leer. La ventana de enfrente... ¿Por qué ese título?

Alexandre – La ventana de enfrente... Es la del piso en el que usted vive ahora. Allí vivía la mujer a la que amé hace años.

Madison – Y cuya ausencia lo ha perseguido desde que se marchó.

Alexandre – Muchas veces he soñado que volvía. Que un día abriría mi puerta de golpe, como ha hecho usted hoy...

Madison – Por eso siempre la deja abierta...

Alexandre – A veces creía distinguir una sombra tras las cortinas de la ventana de enfrente. Cuando usted se instaló y veía luz por la noche, imaginaba que era ella...

Madison – Solo era yo.

Alexandre – Se parece un poco a ella... Por eso, cuando la vi entrar hace un rato, retrocedí. Por un instante creí que era ella, con veinte años. Luego recordé que hoy tendría más o menos mi edad...

Madison – Es cierto, me parezco a ella.

Alexandre – No me diga que es su fantasma.

Madison – No. Soy de carne y hueso.

Alexandre – Pero hay algo más, ¿verdad?

Madison – Sí.

Alexandre – ¿Por qué dijo que la cara de esa mujer le resultaba familiar?

Un silencio.

Madison – Soy su nieta.

Silencio.

Alexandre – ¿Su nieta...?

Madison – Cuando se marchó a Afganistán, estaba embarazada. Se enteró poco después de partir.

Alexandre – ¿Embarazada... de mí?

Madison – Sí.

Alexandre – ¿Por qué no me dijo nada?

Madison – Usted mismo lo ha dicho. Eran otros tiempos. No quiso imponerle aquel bebé. Pensó que podría criarlo sola. Y así lo hizo.

Alexandre – Nunca supe nada.

Madison – Yo tampoco, hasta hace relativamente poco.

Alexandre – ¿Cuándo se enteró?

Madison – Hace unos años. Cuando cumplí dieciocho, mi abuela me contó la historia. Su historia de amor...

Alexandre – Entonces usted sería mi nieta.

Madison – Sí. Soy su nieta. *(Un silencio.)* ¿No me cree?

Alexandre – Sí... Curiosamente, después de todas las mentiras que me ha contado, de eso no tengo la menor duda.

Madison – Entiendo que sea difícil de asimilar. Tómese su tiempo. No me debe nada. Si lo prefiere, me iré como he venido y no volverá a saber de mí.

Alexandre – Quédese, por favor.

Madison – Aquí estoy.

Un silencio.

Alexandre – Entiendo que entonces no me dijera nada. ¿Pero más adelante?

Madison – Se lo repito: no quiso imponerle la paternidad. Y luego le perdió la pista.

Alexandre – Poco después de que se marchara, dejé este piso. No soportaba ver cada día aquella ventana que me recordaba su ausencia.

Madison – Le escribió una carta hace mucho tiempo. Se la devolvieron con la indicación «Desconocido en esta dirección».

Alexandre – Volví a instalarme aquí hace unos años. Precisamente para escribir ese libro. Como si quisiera conjurar el pasado.

Madison – Pero su fantasma ha seguido persiguiéndolo...

Alexandre – He conocido a otras mujeres, por supuesto. Pero he pasado toda la vida aferrado al recuerdo de aquel primer amor. Nunca he amado a nadie más...

Madison – Ella no sabía si usted se había casado o había formado otra familia.

Alexandre – No fue así.

Madison – Oyó hablar de usted cuando se convirtió en un escritor famoso.

Alexandre – También me esforcé por triunfar en la literatura con la esperanza de recuperarla. Y para que mi fama le facilitara encontrarme. Podría haberse puesto en contacto conmigo entonces.

Madison – Le daba miedo que pensara que volvía por interés, cuando usted ya era un escritor de éxito... Eso era lo que ella temía...

Alexandre – Entonces tengo una hija...

Un silencio.

Madison – También sobre mi enfermedad le he mentido solo a medias. Era mi madre quien tenía el corazón delicado. Murió poco después de que yo naciera, sin llegar siquiera a saber quién era su padre.

Alexandre – Siento mucho oírlo.

Madison – Me crio mi abuela. Cuando cumplí la mayoría de edad, quiso contarme quién era mi abuelo. Pero no se atrevió a ponerse de nuevo en contacto con usted.

Alexandre – Así que decidió hacerlo por ella. Viniendo a París.

Madison – No me imaginaba contándole esto por carta o por teléfono. Antes quería conocerlo. Tenía fama de ser un auténtico oso. Si no me hubiera caído bien, no le habría dicho nada y habría regresado a Nueva York.

Alexandre – Pero me he mostrado tan hospitalario que ha decidido adoptarme...

Madison – Y, sobre todo, he leído su manuscrito. He comprendido que nunca olvidó a aquella mujer. Mi abuela...

Alexandre – Ha hecho bien en venir... y en contarme el final de esta historia.

Madison – Todavía no es exactamente el final... *(Alexandre acusa el golpe.)* ¿Está bien?

Él recurre al humor para ocultar su emoción.

Alexandre – Ya me deprimía bastante mi edad y ahora viene usted a decirme que soy abuelo.

Madison – ¿No se alegra?

Alexandre – Claro que sí... Pero al mismo tiempo me entero de que tuve una hija y de que ha muerto.

Madison – Pero aquí estoy yo... Apenas conocí a mi madre. Ahora he recuperado a un abuelo.

Alexandre coge el manuscrito.

Alexandre – Voy a publicar este libro. Se lo dedicaré a esa hija a la que nunca conoceré. Y a esa nieta que un día apareció en mi casa sin avisar, forzando la puerta...

Madison – La puerta estaba abierta...

Alexandre – Aunque todavía tengo que encontrarle un verdadero final a la novela.

Madison – Puedo ayudarlo con eso, ya se lo he dicho.

Alexandre – No sé cuánto más podrá resistir mi corazón si sigue dándome sorpresas.

Madison – Pues queda una última cosa.

Alexandre – Adelante. A estas alturas...

Madison – Mi abuela sigue viva.

Alexandre – ¿Y dónde vive ahora?

Madison – En Nueva York.

Alexandre – Pues dele un beso muy cariñoso de mi parte...

Madison – Puede dárselo usted mismo.

Alexandre – ¿Quiere llevarme a Estados Unidos con usted?

Madison – Mi abuela ha venido conmigo. Está en el piso de enfrente.

Un silencio. Él está visiblemente desconcertado.

Alexandre – Ahora sí que empiezo a tener miedo de verdad...

Madison – Sigue siendo una mujer muy hermosa... Y nunca lo ha olvidado. Ha leído todos sus libros...

Alexandre – Pero no quiso conocer la vida del autor.

Madison – Usted decía que no tenía importancia...

Alexandre – La gran ausente de esta novela es ella.

Madison – Sí, pero todavía no la ha leído... No sabía si usted aún se acordaba de ella... Si todavía la quería...

Alexandre – La sigo queriendo... Este libro es la prueba...

Él mira hacia el público, en dirección a la ventana de enfrente.

Madison – ¿Entonces? ¿Le digo que venga?

Alexandre – Ella ha cruzado el Atlántico para encontrarme. Bien puedo cruzar yo el patio para reunirme con ella...

Alexandre besa a Madison.

Madison – Vaya usted solo. Ya verá. Casi nada ha cambiado detrás de la ventana de enfrente. Y la puerta sigue abierta...

Él sale. Madison se queda mirando hacia la ventana.

***Oscuro*.**

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón - Septiembre 2022

ISBN 978-2-37705-818-1
© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.